

Hannah Arendt Algunas Consideraciones sobre “Verdad y Política”¹

Hannah Arendt. Some Considerations as to Truth and Politics

Lucía RINCÓN-SOTO

Escuela de Filosofía. Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela

RESUMEN

En el presente trabajo se hace una reflexión analítica sobre el problema de las relaciones entre verdad y política tal como lo plantea Arendt en el artículo del mismo nombre. Nos ha interesado destacar su distinción entre verdad racional y verdad de hecho o factual y su delimitación del campo y funciones de cada una con respecto a la política así como de la necesaria independencia de la verdad (racional o factual) con respecto a esta última, a fin de garantizar que cumpla su auténtico rol de humanizar la realidad.

Palabras clave: Hannah Arendt, Verdad, Política, Sociedad.

ABSTRACT

This paper presents analytical reflections on the problem of the relationship between truth and politics, as it is commented on by Arendt in his article of the same name. We are interested in pointing out the distinction between rational truth and factual truth, and his delimitations as to the area and function of each with respect to politics, as well as the necessary independence of truth (rational and factual) in relation to the latter, in the interest of guaranteeing that it fulfills its authentic role as humanizer of reality.

Key words: Hannah Arendt, Truth, Politics, Society.

Recibido: 21-01-98 • Aceptado: 17-03-98

1 Trabajo realizado con la asesoría de la Prof. Dra. Gloria M. Comesaña-Santalices, en el marco del seminario: “Hannah Arendt. La actividad del pensar I” (1997), dictado en la Maestría en Filosofía de LUZ.

En el marco de la Filosofía Política nos proponemos interpretar la concepción que de la Política, y en su relación con la verdad, nos ofrece una de las más grandes filósofas de nuestro siglo: Hannah Arendt.

En su artículo “Verdad y Política”², la autora parte de la idea de que para ninguno de nosotros es un secreto el que la verdad y la política nunca se han llevado bien, “y nadie, por lo que yo sé —dice— puso nunca la veracidad entre las virtudes políticas”³. Ahora bien, si la verdad no es indispensable, ni siquiera tomada en cuenta por la política, la mentira como tal sí podría considerarse, más que justificable, necesaria, en la actividad de políticos y demagogos. Hannah Arendt —a este respecto— se pregunta dónde queda la dignidad dentro del campo político, ya que prefiere, por lo general, la mentira a la verdad. También se pregunta acerca de lo desdenable que podría ser la verdad sí, como parece, es importante desde el punto de vista político.

Si vemos a la acción política, como aquella que nos permite a través de un “medio” conseguir un “fin”, podríamos llegar a considerar que la mentira como tal podría ayudar, paradójicamente, “a establecer o proteger las condiciones para la búsqueda de la verdad”⁴. Además, aquellas mentiras que en determinados momentos dentro de la actividad política pueden reemplazar a otros medios mucho más violentos, podrían ser consideradas como algo relativamente inofensivo dentro del conjunto de herramientas de las que se vale la acción política.

Para Arendt es motivo de sorpresa el que cuando se sacrifica la verdad en pro de la estabilidad del mundo, este sacrificio es considerado como “fútil” en comparación con el que se hace cuando se sacrifican otro tipo de virtudes. Sin embargo, la permanencia en el mundo no puede concebirse sin que se dé testimonio de lo que nos rodea, y decirlo implica que esté la *verdad* por delante.

Arendt mantiene aquí una distinción muy importante en lo concerniente a la verdad. Siguiendo a autores como Leibniz, considera que ésta es producto de la mente humana, no algo dado ni producto de la revelación. Según esto, podemos hablar de verdades científicas, matemáticas y filosóficas (verdad racional), distinguiéndolas de la verdad de hecho. Así las cosas, no cabe duda de que el poder político puede hacer mucho daño a la verdad de hecho, que resulta mucho más vulnerable que la verdad de razón. En este sentido Arendt plantea el caso de Troski, político que tuvo un papel muy significativo a lo largo de la Revolución Rusa y que, sin embargo, a causa del uso de la mentira a través del ejercicio del poder, “no aparece en ningún libro de historia soviético”⁵. Este personaje en realidad existió, es una “verdad de hecho” su participación en la Revolución Rusa, sin embargo, notamos cómo el “dominio... al atacar la verdad racional, excede su campo, por así decirlo, en tanto que da batalla en su propio terreno cuando falsifica los hechos o esparce la calumnia”⁶. Notamos así como el poder puede acabar con la verdad factual o de hecho, ésta siempre corre el ries-

2 Arendt, Hannah (1996): “Verdad y Política”, en: *Entre el Pasado y el Futuro: Ocho ensayos sobre la reflexión política*. Trad., cast. de Ana Poljak. Península, Barcelona. pp. 239-277.

3 Ibid., p.239.

4 Ibid., p.240.

5 Ibid., p.243.

6 Ibidem.

go de ser invisibilizada de una manera parcial o incluso total. En cambio, los axiomas y teorías, en cuanto verdades racionales, son mucho más sólidos que los acontecimientos, ya que éstos últimos se producen en la esfera siempre cambiante de los asuntos humanos: una vez perdidos de la mente humana, no hay esfuerzo racional posible que pueda devolverlos o hacerlos aparecer de nuevo. Sin embargo, una teoría científica o un sistema filosófico, aunque sus autores no hubiesen podido por alguna razón transmitirlos a la posteridad, cabría la posibilidad de que fuesen “redescubiertos” algún día.

Para Arendt las verdades más importantes en política son las verdades de hecho, aun cuando el antagonismo entre verdad y política se estableció al principio con respecto a la verdad racional. Históricamente, “el conflicto entre verdad y política surgió de dos modos de vida diametralmente opuestos: la vida del filósofo, como la entendieron primero Parménides y después Platón, y la vida de los ciudadanos. A las siempre cambiantes *opiniones* ciudadanas acerca de los asuntos humanos, que a su vez estaban en un estado de flujo constante, el filósofo opuso la *verdad* acerca de las cosas que, por su propia naturaleza, eran permanentes, y de las que por tanto se podrían derivar los principios adecuados para estabilizar los asuntos humanos”⁷.

Verdad y Opinión aparecieron como la antítesis una de la otra. Esta última se igualaba con la ilusión y ese valor disminuido de la opinión fue “lo que le dio al conflicto su intensidad política”⁸, ya que la opinión está entre los pre-requisitos inherentes para llegar al poder, mientras que la verdad no. Todo gobierno reposa sobre la opinión, ningún gobernante podría mantenerse en el poder sin tener el apoyo de individuos que tengan opiniones similares. “Este antagonismo entre verdad y opinión se ve mejor elaborado en Platón (sobre todo en *Gorgias*) como el antagonismo entre la comunicación bajo la forma de “diálogo”, que es el discurso adecuado para la verdad filosófica, y bajo la forma de “retórica”, por la que el demagogo —como diríamos hoy— persuade a la multitud”⁹.

Hasta la época moderna todavía se notan las huellas de este “conflicto original”, pero en el mundo en que vivimos éstas se notan muy poco. Es más, podríamos decir que ya han desaparecido por completo. Pero este no es el caso en lo concerniente al choque existente entre la verdad factual y la política, que contiene aún muchos rasgos del antiguo enfrentamiento entre verdad y opinión.

Cuando hablamos de “verdades de hecho”, se considera que están relacionadas íntimamente con un grupo de personas, es decir, son muchos los implicados, estableciéndose mediante el contacto directo con la gente, testimonios y declaraciones. La “verdad de hecho”, que es política por naturaleza, sólo existiría en la medida en que los que tengan contacto con ella la divulguen (así ésta haya ocurrido dentro del campo privado). Las opiniones sólo pueden ser producto o consecuencia de un hecho o acontecimiento dado. Estas pueden diferenciarse ampliamente, y de hecho todas las opiniones pueden considerarse legítimas siempre y cuando respeten la verdad factual.

En cuanto a esto, la libertad de opinión sólo será real cuando pueda garantizarse que la información sobre la cual se vaya a opinar es fiable. “En otras palabras, la verdad factual

7 Ibid., p.245.

8 Ibidem.

9 Ibidem.

configura al pensamiento político tal como la verdad de razón configura a la especulación filosófica”¹⁰. Sin embargo, a propósito de lo aquí planteado, podría ser discutible si en realidad pueden haber hechos independientes de toda opinión, ya que muchos filósofos e historiadores han planteado que los hechos no pueden establecerse sin una interpretación y ordenación de los mismos, lo que, muchas veces, podría traer como consecuencia la tergiversación de los datos originales. Hannah Arendt contestará diciendo que estas “incertidumbres” a pesar de ser reales “no constituyen una argumentación contra la existencia de la cuestión objetiva ni pueden servir para justificar que se borren las líneas divisorias entre hecho, opinión e interpretación, o como una excusa para que el historiador maneje los hechos como le plazca”¹¹.

Cada época tiene derecho a escribir sus propios acontecimientos históricos acomodándolos según sus propias perspectivas siempre y cuando no altere la materia objetiva misma. Es causa de preocupación para Arendt, al llegar a este punto de su reflexión, el hecho de que el monopolio del poder la mayoría de las veces quiera tergiversar la verdad en pro de sus “propios intereses”. Es muy fácil imaginar lo que pasaría si los intereses de un determinado grupo de poder tuvieran la última palabra sobre el destino de los verdaderos acontecimientos: simplemente los manejarían a su antojo. De ahí que se piense con inquietud, que la naturaleza del campo político parece estar siempre en constante guerra con la verdad, ya que ésta es capaz de estorbar sus intereses.

Entre otras cosas, no se puede decir que la verdad de hecho o factual (a diferencia de la verdad de razón), no sea antagonista de la opinión, pues en cuanto a su forma de afirmar la validez, ambas se contraponen a la opinión. Cuando se habla de “verdad” debemos tener presente que ésta implica siempre un elemento que hemos de considerar: la coacción. Es decir, por diversos que sean los juicios, una vez que se llega a ellos y se consideran y reconocen como verdaderos, “comparten el hecho de estar más allá del acuerdo, la discusión, la opinión o el consenso”¹². Al aceptar, por ejemplo, el juicio: “la tierra se mueve alrededor del sol”, el mismo, nos dice Arendt, no varía según la cantidad de personas que mantienen dicha tesis, porque el contenido del mismo no es de “naturaleza persuasiva sino coactiva”¹³. A este respecto Arendt hace alusión a Platón, quien en el *Timeo* hace una diferenciación entre quienes son capaces de captar o percibir la verdad, y quienes sólo mantienen opiniones rígidas: “Los puntos de vista de los primeros, dice Platón, son inamovibles, en tanto que siempre se puede persuadir a los segundos de que cambien sus criterios”¹⁴. A raíz de lo antes expuesto, notamos que la verdad posee una esencia coactiva con la cual puede enfrentar al poder político, de allí que “vista con la perspectiva de la política, la verdad tiene un carácter despótico”¹⁵.

Debido a este carácter coactivo los tiranos odian a la verdad por no poderla monopolizar a su conveniencia: “El problema es que la verdad de hecho, como cualquier otra ver-

10 Ibid., p.250.

11 Ibid., p.251.

12 Ibid., p.252.

13 Ibidem.

14 Ibid., p.253.

15 Ibidem.

dad, exige un reconocimiento perentorio y evita el debate, y el debate es la esencia misma de la vida política. Los modos de pensamiento y de comunicación que tratan de la verdad, si se miran desde la perspectiva política, son avasalladores de necesidad: no toman en cuenta las opiniones de otras personas, cuando el tomarlas en cuenta es la característica de todo pensamiento estrictamente político¹⁶.

Como hemos mencionado, dentro de la política, las opiniones y el consenso son necesarias para ejercer el poder; de esto se deduce que el pensamiento político tiene que ser representativo, es decir, formarse una opinión después de considerar un problema desde diversos puntos de vista, incluyendo (por representación), los criterios de quiénes están ausentes. De esta manera los individuos pueden formarse opiniones personales, pero desarrollando esta “mentalidad amplia” (por su capacidad representativa), que permite a los seres humanos juzgar, y de la que tanto habló Kant, que es el mentor de Arendt en este aspecto.

Las opiniones no son evidentes en sí mismas, y a diferencia de la verdad, son de carácter discursivo, ya que nuestro pensamiento, va de un punto de vista a otro, incluso pasando por puntos de vistas antagónicos o contradictorios, hasta que se eleva hacia una generalidad imparcial. Así como la verdad racional ilumina nuestro entendimiento, la verdad de hecho está destinada a servir de base a las opiniones. Sin embargo, ambas verdades, ni oscuras ni transparentes, son incapaces de soportar una dilucidación posterior, del mismo modo en que la luz se resiste al esclarecimiento.

Lo opuesto a la verdad de hecho es la mentira. La línea que separa a la opinión de la verdad de hecho puede atenuarse y conducir a una mentira. Puede darse el error con respecto a la verdad de hecho, sin embargo, la falsedad deliberada la opaca despiadadamente. Hecho, Opinión y Mentira son formas de acción, pero aunque el veraz diga verdades de hecho o de razón no es hombre de acción, a diferencia del mentiroso, que sí lo es. Éste tiene entre una de sus ventajas el estar siempre “en su medio”, en la escena política, es actor por naturaleza, ya que “dice lo que no es porque quiere que las cosas sean distintas de lo que son, es decir, quiere cambiar el mundo”¹⁷.

El mentiroso se aprovecha de esa maravillosa capacidad que es nuestra libertad y que hace posible la mentira, para persuadir, claro, a través de sus mentiras a los individuos, acogiéndose a la libertad que nos permite modificar las circunstancias mediante el abuso de las mismas a través de la falsificación de los hechos. La mentira organizada, aunque puede ser algo marginal, conduce a un tipo de acción, cosa que no ocurre con el simple relato de los hechos. Por su parte, el que dice la verdad, al entrar en política y tratar de ser persuasivo con respecto a la verdad —que si es tal no necesita ser demostrada—, parece perder su buena fe (garantía de imparcialidad e independencia), al comprometerse con algún grupo. Muchos que se dejan engañar por el mentiroso, desconfiarán de él. Porque la simple narración de la verdad de los hechos, no conduce a ninguna acción. La buena fe del que es veraz, donde se revela útil y política, es cuando todo el mundo miente. Entonces, diciendo la verdad contra todos, es cuando el hombre veraz comienza a ser un hombre de acción, que puede “cambiar el mundo”.

16 Ibidem.

17 *ibid.*, p.263.

Tradicionalmente la mentira política era utilizada en el arte de gobernar o en la diplomacia, refiriéndose a auténticos secretos o a intenciones que no podían ser dilucidadas nunca. Lo contrario lo observamos en la política moderna. Aquí la mentira no es secreta, sino que se ocupa de cosas que son conocidas por casi todos. La característica fundamental que diferencia a la mentira política tradicional de la mentira política moderna, es que la primera implica el ocultamiento de las cosas (secretos), mientras que la segunda implica la destrucción o manipulación de las pruebas de los hechos o acontecimientos, con lo cual conlleva siempre un elemento de violencia. Además, la mentira política contemporánea implica una buena dosis de autoengaño y por ello es mucho más dañina para la verdad. Por otra parte, la “mentira total” actual, exige una coherencia tal en el campo que la produce, que todo aquel que no maneje el autoengaño y persista en recordar la verdad, se convierte en un enemigo del grupo. Por eso encontramos en la contemporaneidad tantas personas que cuando dicen la “verdad de hecho” o factual son considerados como peligrosos, incluso más que los propios opositores. Sin embargo, la mentira constante y coherente, por su misma inestabilidad y adaptabilidad a nuevas circunstancias, acaba por perder apoyo en la realidad y se demuestra como tal mentira. Así podemos decir que “la innegable afinidad de la mentira y la acción y el cambio del mundo —es decir, la política— está limitada por la naturaleza misma de las cosas abiertas a la facultad de acción del hombre”¹⁸. En su terca afirmación de la realidad, los hechos se oponen así al poder, y aunque frágiles, son extremadamente resistentes, en su irreversibilidad, a todas las manipulaciones.

Volviendo a lo planteado al principio, Arendt deja por sentado que la verdad, aunque pueda ser derrotada por los “poderes establecidos” que la afrontan, tiene sin embargo, una esencia invariable que no pueden reemplazar aquellos que quieren, a través de la persuasión o de la violencia, destruirla. Es por esto que podríamos decir que la naturaleza de la verdad no es política; como dijimos en principio: “verdad y política se contradicen”.

Arendt denomina “uno de los diversos modos de estar solo” a la manera como algunos individuos logran estar fuera del campo de la política. Así podemos hablar de la “soledad del filósofo”, del “aislamiento del científico y del artista”, de la “imparcialidad del historiador y del juez, y de la independencia del periodista”, entre otros. Estos modos de “estar solo” permiten la posibilidad de imparcialidad con respecto al campo político.

De igual manera, en ciertas instituciones públicas o privadas como las Universidades, las cuales son creadas y mantenidas por quienes detentan el poder, “contrariamente a todas las normas políticas, la verdad y la veracidad siempre han constituido el criterio más alto del discurso y del empeño”¹⁹. Encontramos por ejemplo, instituciones judiciales e instituciones de enseñanza superior (Universidades), que están protegidas social y políticamente. El Estado pone en manos de las primeras la justicia, y de las segundas la educación de los ciudadanos. El caso de las instituciones de educación superior es importante, considerando que éstas, al igual que las instancias judiciales, son reconocidas por quienes integran el ámbito político, como instituciones externas a la lucha por el poder, es decir, se reconoce la importancia de estos entes que no deben estar influenciados por el poder político: “Casi no se puede negar que, al menos en los países que tienen gobiernos constitucionales,

18 Ibid., p.271.

19 Ibid., p.273.

el campo político reconoció, aun en casos de conflicto, que está muy interesado en la existencia de hombres e instituciones sobre los cuales no ejerza su influencia"²⁰.

La importancia de estas instituciones es que son refugios de la verdad, de allí la relevancia pública que adquieren. Las mismas están encargadas de transmitir verdades, mostrando las cosas tal como son, desde un punto de vista externo a la política.

Para concluir, Hannah Arendt reconoce que al hablar de la política desde la perspectiva de la verdad, ha dejado de lado expresamente, la grandeza y la dignidad que para ella tiene este campo. Señala luego que trató el tema aquí planteado como si la política fuera sólo un modo de acción donde sobresalen principalmente intereses parciales, el provecho, el partidismo, y la ansiedad de poder; algo así como que en la política todos los asuntos públicos que conciernen a los ciudadanos estuviesen gobernados por el interés y el poder. Al respecto nos dice que la causa "de esta deformación es que la verdad de hecho choca con la política sólo en ese nivel inferior de los asuntos humanos, tal como la verdad filosófica de Platón chocaba con la verdad política en el mucho más alto nivel de la opinión y el acuerdo"²¹.

En "Verdad y Política", Arendt quiso demostrar que a pesar de la grandeza de lo que ocurren en el campo político, el mismo es limitado, al no abarcar la existencia total del hombre y del mundo: "Sólo si se respeta sus propias fronteras, ese campo donde tenemos libertad para actuar y para cambiar podrá permanecer intacto, a la vez que conservará su integridad y mantendrá sus promesas. En términos conceptuales, podemos llamar verdad a lo que no logramos cambiar, en términos metafóricos, es el espacio en el que estamos y el cielo que se extiende sobre nuestras cabezas"²².

20 Ibid., p.274.

21 Ibid., p.277.

22 Ibidem.